

Carta de Argentina

La mafia

Jorge Andrade

«Pero la mafia era y es otra cosa: es un 'sistema' que en Sicilia contiene y mueve los intereses económicos y de poder de una clase que aproximadamente podemos llamar burguesa y que no nace y se desarrolla en el 'vacío' que deja el Estado (es decir cuando el Estado con sus leyes y funciones es débil o está ausente) sino 'dentro' del Estado. La mafia, en suma, no es otra cosa que una burguesía parasitaria, una burguesía que no *emprende* sino que sólo *saca provecho*.»

Leonardo Sciacia (en el Apéndice de su novela *Il giorno della civetta*)*

Como una operatoria de magnitud «nunca vista» calificó el Subcomité del Senado de los Estados Unidos, presidido por el senador Carl Levin y encargado de investigar la participación de instituciones financieras de ese país en el lavado de dinero, a la triangulación de dólares entre el Banco República, de la Argentina, el Federal Bank, *shell bank* (banco cáscara) de las Bahamas y el Citibank de Nueva York. La citada magnitud superó los 4.500 millones de dólares (más de 800.000 millones de pesetas) en siete años y medio, de 1992 a 2000 y hubo meses en que las operaciones rondaron los 100 millones de dólares (18.000 millones de pesetas aproximadamente).

El Banco República, que en 1995 tuvo que ser salvado de sus dificultades financieras por el Banco Central de la República Argentina (organismo de control bancario similar al Banco de España) y que 1996 recibió las peores calificaciones de los inspectores de éste, fue autorizado por el propio Banco Central a comprar dos bancos provinciales de capital público, previamente saneados con cargo al erario. El Banco República, que produjo el vaciamiento de esos bancos y que fue favorecido con el silencio o la complacencia del presidente y el directorio del Banco Central ante todas sus irregularidades y conductas presuntamente delictivas, era el eslabón argen-

* La traducción del italiano corresponde al autor de esta nota.

tino en una cadena de blanqueo de dineros no declarados al fisco con la complicidad de la cúpula del Citibank en Nueva York, como quedó demostrado en el subcomité del senador Carl Levin. El dinero negro, que no son sólo los narcodólares sino el que proviene de los sobornos, del contrabando, de la venta ilegal de armas y de la evasión impositiva, salía del país hacia el banco fachada de Bahamas (una dirección postal y un membrete), propiedad de los mismos dueños del Banco República, se canalizaba por el Citibank de Nueva York y volvía al país blanqueado en forma de préstamos a través del Banco República. Alimentaba a la corporación CEI, filial del Citibank de la Argentina a la que estaba asociada el grupo dueño del Banco República, el Federal Bank de Bahamas y Telefónica de Argentina.

El CEI utilizó ese dinero, además de títulos de la deuda pública desvalorizados que las autoridades argentinas tomaron al cien por ciento, para quedarse con una de las porciones más substanciosas de la privatización de empresas del Estado argentino. Por otra parte el Citibank y el Banco República fueron socios de Telefónica en la adjudicación de la mitad de la empresa argentina de teléfonos. Más tarde, cuando el ex presidente Menem intentaba presentarse a un tercer mandato presidencial violando la Constitución que lo prohíbe expresamente, el grupo CEI asociado con Telefónica Internacional se hizo con la mayoría accionaria de numerosos medios televisivos y radiales para apoyar esa pretensión. Si hubiera dudas acerca de la amistad comercial entre ambas empresas baste con referir que John Reed, el número uno del banco de Nueva York, que tuvo que dar explicaciones al Senado de los Estados Unidos en el caso de los negocios ilegales del hermano del ex presidente mexicano Salinas de Gortari, se retiró del Citibank y obtuvo refugio discreto en el directorio de Telefónica Internacional y/o Terra.

Por el fluido canal construido por la *entente cordiale* de bancos en cuestión, circularon también narcodólares del cártel mexicano de Juárez con la participación de otra entidad financiera argentina, sobornos de IBM por la informatización de las sucursales del Banco de la Nación Argentina (banco de capital estatal) y algunas otras menudencias como dinero destinado a cuentas abiertas en paraísos fiscales por altos funcionarios del gobierno Menem.

Nada de esto habría salido a la luz si no hubiera sido por la acción personal y financiada por su propio peculio de dos diputados que no recibieron el menor apoyo del cuerpo a que pertenecen. Son Elisa Carrió, miembro de la Unión Cívica Radical, uno de los socios de la gobernante Alianza, bajo sospecha de ser una peligrosa centroizquierdista, y el libre de toda sospecha Gustavo Gutiérrez, integrante de un partido provincial de

ideología conservadora. Más que ser apoyados se les dificultó todo lo posible la tarea desde las esferas oficiales porque en la voluminosísima documentación que fundamenta el caso –que los parlamentarios argentinos se sintieron obligados a presentar al Senado de los Estados Unidos para impulsar su investigación– y que el actual gobierno del presidente de la Rúa trata de conseguir e impedir que se le devuelva a los diputados, constaría el nombre de personajes vinculados con los más altos niveles del gobierno anterior y, quién lo podría asegurar, quizá de alguno relacionado con el actual.

El caso Citibank de Nueva York-Banco República es uno, importante, pero sólo uno de los que florecieron en estos años del jubileo neoliberal aperturista y privatizador. Es un *affaire* periférico, de los márgenes del mundo, donde hubo ya numerosos homicidios y sospechosos suicidios rodeados de simbología mafiosa de personas que de una u otra manera estaban vinculadas o eran cercanas a los bancos citados y a su grupo filial CEI, así como hay otras víctimas relacionadas con otros grupos económicos. La guerra se dirime en las fronteras pero los *capimafia* están en la metrópoli.

En las fronteras se libran las guerras convencionales que dan de comer a la industria armamentista y a la burocracia bélica, lejos del territorio de la potencia hegemónica, como siempre, y se libra la guerra mafiosa por las porciones del desmantelamiento neoliberal del Estado. Es la guerra del capitalismo salvaje que se ha apoderado a precio vil del patrimonio acumulado a lo largo de generaciones por los países capitalistas periféricos y que brinda en el banquete funerario del comunismo real fracasado.

Uno puede preguntarse por qué la obsesión del neoliberalismo por limitar las funciones del Estado, más que ello, por debilitar el Estado, cuando el capitalismo expansionista se apoyó en el poder del Estado para llevar a cabo las campañas imperialistas de final del siglo XIX y principio del XX. En primer lugar hay que aclarar que la ofensiva antiestatalista se dirige particularmente a los de los países del Tercer Mundo. Los aparatos del Estado en las naciones centrales siguen siendo fuertes y no dejan de incrementar sus presupuestos porque continúan administrando la maquinaria protectora del capitalismo concentrado (la predicción de Marx acerca de la concentración capitalista parece estar realizándose hoy, pero con una salvedad que Marx no podía conocer: el capital ha tenido éxito en desconcertar a la clase obrera con la dispersión tecnológica y en desmovilizarla con el paro masivo volviéndola enemiga de sí misma) aunque la administran con costo a cargo de toda su población. Hay avances del capital sobre el Estado en estos países, aunque moderados y que en todo caso no apuntan al poder de la Nación frente a terceros. La gran ofensiva se dirige a las naciones débi-

les con el fin de facilitar los negocios que se realizan en ellas, incidiendo en el dictado y aplicación de las leyes, y en el poder de policía. Al capital concentrado le resulta más fácil imponer su voluntad a los Estados raquíuticos. Funcionarios mal pagados son más fáciles de corromper.

Lo cierto es que la democracia liberal se ha transformado en una ficción, sobre todo en los países marginales. Es la ficción de que el pueblo elige a sus representantes y decide a través de ellos. La realidad es que los que toman las decisiones son oligarquías opacas, que se eligen por cooptación, que deciden dentro de sistemas autoritarios como son los consejos de administración empresariales y transfieren después esas decisiones a la política.

El liberalismo económico ha realizado y difundido a través de los medios que maneja una manipulación semántica eficaz y letal. Ha confundido deliberadamente los términos «expansión capitalista» y «desarrollo». La expansión capitalista tiene su propia lógica que es la de la acumulación –de capital y de poder– no importa con qué insumos. Quiere decir que, digamos con un ejemplo sencillo, entre la inversión en tecnología y el empleo de mano de obra optará por una u otra según el criterio de rentabilidad, es decir optará por aquélla que produzca la mayor rentabilidad final. La endeble expansión argentina de la primera mitad de los noventa fue capital-intensiva y reprimarizadora (regresiva hacia la exportación de productos con escaso o nulo valor agregado) y ha hecho saltar la tasa de desempleo del 2% al 15% más otro tanto igual de subempleo. La expansión capitalista en la actual coyuntura, y tal vez ya estructuralmente, presiona sin cesar los salarios a la baja y destruye puestos de trabajo.

El «desarrollo» es otra cosa que la reproducción del capital. El desarrollo es un proyecto político de distribución equitativa de la riqueza pensado para el progreso de la sociedad en su conjunto.

La lógica del mercado que, como enfatizan los economistas neoliberales, tiene como único motor el interés, le hace desentenderse de cualquier prevención moral: el capital debe acumular para que luego, como efecto subsidiario, la copa desborde distribuyendo el beneficio marginal a los más desfavorecidos. Eso no ocurre nunca, porque la lógica de la acumulación es circular y endogámica, se alimenta a sí misma. Teniendo como único motor el interés se lleva por delante todos los otros paradigmas de decisión de la sociedad. El capital presiona para que se dicten leyes a su medida, más tarde violenta su interpretación para que lo favorezcan. No obstante en los últimos años de ultraliberalismo financiero y descontroles del sistema bancario mundial se ha producido un salto cualitativo: el capital viola sistemáticamente la ley. El monstruoso flujo de dinero opaco que circula, se pierde y mimetiza en el permisivo sistema financiero global, ha produ-

cido una simbiosis entre capitales blancos y capitales procedentes de negocios turbios (recuerdo: droga, tráfico de armas, evasión impositiva, contrabando, sobornos, los principales pero no los únicos). Contaminado el capital productivo, o una parte muy significativa de él, por el capital parasitario mafioso, se introduce en el aparato del Estado y transgrede la ley. El lavado de sumas de dinero tan enormes sólo puede disimularse en grandes bancos del primer mundo. Hubiera sido imposible ocultar en el pequeño sistema financiero argentino las cifras del *affaire* Citibank. En consecuencia no nos tenemos que engañar: el trabajo sucio se hace en las fronteras, los homicidios y los «suicidios» mafiosos producidos por la guerra entre «familias» se cometen en los márgenes, pero los capos, con pleno conocimiento de los hechos y con carácter de organizadores, como en el caso que ahora trata el Senado de los Estados Unidos, o con una piadosa e hipócrita mirada al costado cuando pretenden estar manipulando «dólares limpios» que provienen de negocios sucios, tienen domicilio conocido en la metrópoli.



Portada de Francisco Vázquez, *Libro de Palmerín de Oliva* (Libro I) (Sevilla, Jácome Cromberger, 1553).